

**PAISAJE
Y PAISANAJE**
JOSÉ MARÍA VILLOT



María Josefa Wonenburger Planelles, aun a su pesar, tiene un lugar destacado en la historia de este País de emigrantes, que vio marchar a su mejor y más famosa matemática al imperio del dólar y la ciencia moderna.

MARÍA WONENBURGER, EN EL REINO DE EINSTEIN

■ Así lo reconoce "A Unidade de Muller e Ciencia de Galicia" al entregarle su primer galardón. Perdona, doña María, pero yo esperaba verla rodeada de pizarras con signos cabalísticos de los misterios del álgebra y ni tiene el periódico abierto por la página del sudoku...

—(risas). Sí, sí... reconozco que me esfuerzo con el sudoku, pero me tengo que poner las gafas y prestar atención, claro...

—Me gustaría repasar su vida desde los tiempos del Instituto da Garda...

—Recuerdo aquel tiempo con mucho cariño y alguna anécdota, claro, que hoy te hace gracia y antes ni la percibías. En una clase de matemáticas el profesor llegó a decirnos ¿Y ahora que hacemos...? Y yo, mire usted, sabía lo que había que hacer. (Risas). Y es que no es igual defenderse en una clase que explicar y convencer. Claro que entonces no eran profesores de matemáticas sino que venían de otras disciplinas y casi aprendían a nuestro ritmo...

—Y luego Madrid, la Complutense...

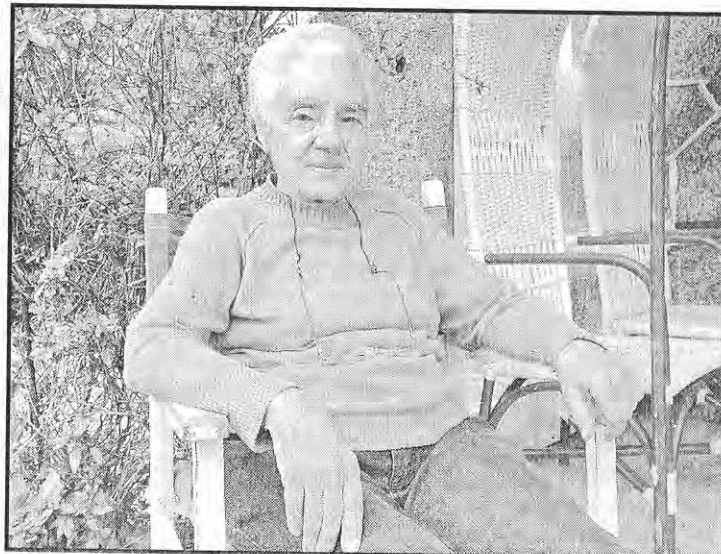
—Al principio de curso éramos como 300 y al mes y pico el número bajaba de forma escandalosa. ¿El profesorado...? Había de todo pero casi nadie mostraba entusiasmo en su trabajo y, menos, en la posibilidad de que una mujer hiciera carrera, estudiase...

—Y luego a EEUU con una beca...

—Fue de las primeras que se dieron en España. Y ahí me tiene usted en el año cincuenta y tres en Yale...

—¿Cómo era aquello...? Usted dejaba atrás una España "bastante cutre", con las heridas abiertas de la guerra civil, el racionamiento, etc...

—La primera impresión de asombro: las aulas, los laboratorios, el profesorado, la vida que discurría alrededor. Y luego algunas cosas muy curiosas (de nuevo risas). Allí, en la Universidad, que en principio tenía que ser gente "enterada", había muchas discusiones sobre España, la guerra, Franco y con opiniones pintorescas o ignorancia mayúscula. Un profesor me aseguraba muy serio que Franco era argentino... Y hubo otras sorpresas. En el verano del 54 vi la primera computadora, que



María Wonenburger, en su casa de Fonteculler

GAGO

ocupaba varias habitaciones y las máquinas de calcular ¡a manivela! que de vez en cuando "se equivocaban" y la única forma de pararlas era desenchufándolas...

—Si mis datos no fallan (o sea, el ordenador) estuvo en Estados Unidos y en Canadá...

—Sí, sí. Y fíjese (creo que esto no lo había dicho antes) para mí Canadá era como estar en casa, mientras en Estados Unidos la sensación era de provisionalidad, de alguien que trabaja allí, con gente brillante y amigos, pero sin acabar de integrarte... Canadá es mi segundo hogar. Allí disfruté de lo que se llamaba "una beca doctoral" con profesores y compañeros magníficos, de gran nivel intelectual y humano.

—Y nunca le ofrecieron un "chollo" (perdón, un buen puesto, un cargo) aquí en España...?

—No me convalidaban el doctorado de Yale y me ofrecían la posibilidad de preparar unas oposiciones en la Universidad y luego ya veríamos. O sea, nada, mientras en EEUU y Canadá me abrían las puertas

para estudiar, enseñar, investigar... Estar en lo mío, el álgebra moderna.

—Es curioso todo eso en una niña que tenía que acabar siendo ingeniero...

—Eso quería mi padre pero enseguida se convencieron de que yo tenía —además de afición— unas aptitudes especiales. Lo que yo llamo una mente abstracta.

—Una carrera difícil, dura y —como se decía entonces— con pocas salidas...

—Tenga en cuenta que en mis tiempos estudiaba sólo el que tenía interés. Y, si podías como fue mi caso, elegías lo que te gustaba. Y como tenías interés... Ahora estudia todo el mundo. Todo el mundo tiene que estudiar algo. Algunos lo soportan y para otros es sencillamente insoportable. Si las materias que otros decidieron por ti no te gustan, no tienes la aptitud y actitud necesarias, pues... viene el fracaso escolar. Pero eso pasa con quienes estudian Ciencias o Letras, Álgebra o Biología. Siempre le decía a mis alumnos que la mitad de su trabajo era la curiosidad, la ilusión, las ganas de saber. El resto, disciplina.

—Perdona, pero siempre le quise preguntar a alguien como usted si el teorema de Pitágoras es el padre de todos los teoremas...

—(Ja, ja, ja...) No hay duda que la escuela pitagórica es muy importante y el teorema es de obligado conocimiento. A lo mejor el conocimiento de muchos se acaba ahí... También antes (nuevas risas) saber las cuatro reglas venía a ser el "sumun" de las matemáticas... Pero yo soy de álgebra, que tiene su historia desde los árabes, pero como siempre añadía mi madre (q.e.p.d.) "de álgebra, pero de álgebra moderna..."

—Y ahora con el computador, las máquinas de calcular... ¿qué nos queda de la infalible prueba del nueve o de los quebrados...?

—(nuevas risas)... Le diré que la prueba del nueve puede fallar por varios sitios o sea que infalible... pero, en serio, es cierto que hay chicos incapaces de multiplicar sin la calculadora y no se dan cuenta que es muy importante aprender, y entender, la tabla de multiplicar y luego usar toda la maquinaria que nos ofrecen estos tiempos...

—Otra de sus aficiones es la música (no soy vidente, es que tengo frente a mí un cuadro de mi interlocutora en la edad "de los teens" con un violín). Dicen que tiene mucho que ver con las matemáticas, con los números...

—(Se ríe y me señala el cuadro...) Estudié violín unos años, pero no era lo mío. Ese cuadro lo pintó la mujer de Ricardo Macarrón y voy asiduamente a los conciertos de la Sinfonía. Y respecto a su pregunta: sí que tiene que ver, mis mejores alumnos —como el famoso Robert Moody, conocido por sus estudios que desarrollaron la bomba atómica, era un melómano cultivado y su mujer violinista— asistían a clases de música. Recuerdo que celebramos en la Universidad un encuentro de álgebra y música donde la mayoría de los presentes asistía a mis clases...

—Esta mujer sí que tiene clase. Como una emigrante más —de lujo, eso sí— ha vuelto a casa para perderse en el paisaje, acudir a los conciertos y, si es posible, vivir lejos de homenajes.